

# De creyente a ateo

Poco antes de iniciarse mi vida profesional, tuvo lugar mi desencuentro con la religión en la que había sido educado y estaba inmerso desde niño. Aunque la palabra “desencuentro” tal vez resulte un tanto aterciopelada para referirse a algo que tuvo su lado traumático. Exigí romper lazos que estaban fuertemente anudados; tanto, que en muchos aspectos resultaban ser auténticas ataduras. Quienes tengan la experiencia de haber abandonado una religión en el seno de la cual habían crecido, saben bien a qué me estoy refiriendo.

Dar cuenta de este proceso exige, en mi caso, asomarse a dos periodos: uno, el de pertenencia a la Iglesia católica, que va más o menos **hasta los dieciocho años**, y otro, el que corresponde a la **demolición** de las creencias inculcadas y las prácticas que implicaban.

Cómo no iba a estar esto omnipresente en mi vida como maestro, teniendo en cuenta que racionalicé y viví aquello como una auténtica liberación, y, en su concepción ideal, la escuela había sido creada precisamente para eso. (p. 43)

## Hasta los dieciocho años

Nací en el seno de **una familia católica** [...] lo mismo tocaba las campanas que iba **de procesión** [...] Recibí, además, **enseñanzas de religión** [...] a las que ha de sumarse la asistencia a la **catequesis dominical** [...] Fui, pues, bien adoctrinado [...] Hasta que abandoné la religión, fui **un buen católico**... (p. 44)

Una familia católica



... mi primera comunión fue eso, la primera de varios cientos acumulados a lo largo de los once o doce años siguientes... (p. 44)

De procesión



Ahí estoy, acompañando al padre (que así se decía en el argot eclesial), con la mano ocupada en el pecho, y no porque se tratara de una puesta en escena dirigida por el mismísimo D. Luis García-Berlanga, sino porque lo establecía el manual del buen acólito... (p. 44)

Enseñanzas de religión



La religión no solo formaba parte destacada de la cultura que impregnaba la vida en los años cincuenta y sesenta, sino que era a su vez una asignatura obligatoria en todos los planes de estudios, desde la escuela primaria hasta la Normal... (p. 45)

Catequesis dominical



En Arriondas entrábamos a la catequesis cantando Vámos niños al sagrario que Jesús llorando está. Luego formábamos secciones, que eran grupos de entre cinco y diez niños o niñas (nunca juntos, por supuesto, igual que pasaba en la escuela, en el instituto y más tarde en la Normal, no se sabía muy bien si porque el mal estaba en ellas o éramos nosotros quienes lo llevábamos dentro)... (p. 46)

Un buen católico



... Repare el lector en el hecho de que la conducta que acredita no es “buena” sino “muy buena”, lo que no es algo que el párroco de la época le regalara a todo el mundo... (pp. 46-47)

## La demolición

A los dieciocho años, justo cuando comenzaba a enseñar, mi fe se vino estrepitosamente abajo, no sin que yo empujara con empeño para que su desmantelamiento fuera rápido y completo. Esta peripecia personal marcaría lo que fue mi vida como maestro, constituyendo parte importante de la teoría no académica que estaba detrás de muchas de las cosas que hice o dejé de hacer en clase, por eso he de contarla.

[...]

Tres estímulos externos favorecieron mi reflexión crítica sobre la religión. Uno de ellos fue **una mujer**, a quien la Iglesia católica mencionaba entre los enemigos del hombre, justo al lado del demonio; otro fue el **cambio sociocultural** de la España de los años sesenta, y, finalmente, la ingesta de **pequeñas dosis de ilustración** que fueron colocando la razón en el lugar que antes había ocupado la fe. El resultado de todo ello fue la demolición de cuantas creencias tuve en su día, tal como reflejan **unos versos** escritos entonces en un tono de ajuste de

cuentas con el pasado que ahora me parece un poco excesivo. Avanzado el proceso, hasta me atrevía cometer un sacrilegio. (p. 47)

### Una mujer



... Me pusieron en la tesitura de optar sin remedio entre su Dios y aquella piel tersa y suave que los curas (a quién se le ocurre) llamaban carne y la prohibían. Cosas de la religión, esto de condenar el amor y la pasión y convertir en dilema las cosas del cuerpo y las del alma.... (p. 48)

### El cambio sociocultural



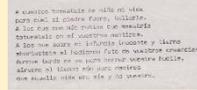
La pose nihilista de ese jovencito a punto de ser titulado maestro no responde a una adscripción explícita a tal filosofía, es solo la compostura que mi cuerpo fue adoptando apenas iniciado el trance de expulsar de mi mente la explicación del sentido de la vida que me había ofrecido la religión ... (p. 49)

### Pequeñas dosis de ilustración



A finales de los años sesenta mi fe estaba ya tan cuarteada que no resistió el embate de unos pocos libros. Bien escogidos para lanzarlos con fuerza contra la base de sus resquebrajados pilares, cumplieron perfectamente con el cometido de echar abajo el templo donde me había arrodillado desde niño... (p. 49)

### Unos versos



**A cuantos tomasteis de niño mi vida / para, cual si piedra fuera, tallarla. / A los que con más rutina que maestría / tatuasteis en mi vuestras mentiras... (p. 50)**

... ya me había deshecho completamente de mis antiguas creencias y, por lo visto, había pasado a una fase de ajuste de cuentas que hoy no suscribo. Los incluyo aquí porque no es fácil encontrar un documento que exprese con más contundencia cuál era, con respecto a la religión, mi pensamiento, es decir, mi teoría, cuando comencé como maestro. (p. 51)

### Un sacrilegio



... Para alguien como yo que había vivido tan intensamente la religión católica, el momento que recoge la fotografía fue, contrariamente a lo que parece, el acto más solemne y definitivo de la ruptura con la fe en la que había crecido. Solo un convencido incrédulo puede aceptar convertir en paripé el hecho de beber de un cáliz el vino previamente consagrado. (p. 51)